

UN OJO DE LUZ

*«Es mío», repito, para espantar
la añoranza de un tiempo vacío de temor.*

Dejé a mi niño en la cuna después de haberse zampado un papillón de verduras con pollo y un yogur blanco. Le había cambiado el pañal mientras le tarareaba en sonsonete una cancioncilla sudamericana cuya letra no me sabía. La persiana a medio abatir empujaba difusas rayas de luz entre sus láminas, que dejaban entrever un océano de paredes azules con gran parte de su fauna marina: delfines, caballitos de mar, caracolas; hasta algunas sirenas de esas que cantaban a Ulises con afán de volverlo loco salpicaban el rodapié, y yo, recordando *La Odisea*, acallé sus bocas pintándoles una cruz con rotulador malva.

Había hecho de su dormitorio un lugar silencioso, en penumbra, más placentero para mí que para él que, envuelto en espuma de mar entre sábanas de algodón, mantenía empecinado un sueño ligero, casi etéreo. Después de acomodarlo dejé en el umbral de la puerta mis zuecos con suelas de madera y pasé mis pies a unas zapatillas de lona para no hacer ruido. Si se despertaba lloraría, como siempre, con tanta intensidad que parecería querer castigarme por algo.

Durante sus sueños sentía mi pecho apretado, como si al respirar hondo el ensanche de mis pulmones conectara con sus oídos en burbujas de refrescos y lo pudiera despertar, asustándolo. Me desplazaba por la casa casi levitando, incluso podía creerse que así lo hiciera por lo escuálida que me había quedado a lo largo de los seis meses de tensión tras el parto. En esos ratos de absoluto silencio, al tiempo que mi niño soñaba, solo podía pensar en un reloj cuyas manecillas atrapaban un vacío sin llanto.

Apenas hacía diez minutos que dormía —es cierto que en días anteriores me habían venido ruidos del piso de abajo, pero lo achaqué a mi obsesión por el silencio ante sus bramidos alargados hasta enronquecer—. Entré en la cocina, con gestos medidos, a terminar el guiso y la ensalada lavada antes de dormirlo. Del grifo salía un hilillo de agua, mermado su pulso por una bayeta fina estirada sobre la base del fregadero. A esa hora cercana al mediodía el silencio apenas se sostenía con pinzas. Pronto llegarían los escolares alborotando desde el portal y mi tensión subiría de nueve a quince. Intentaba concentrarme en el verde intenso de la lechuga cuando del patio subió una voz oscura y densa, casi de eco. Sentí que la garganta se me cerraba. Me

acerqué a la ventana y saqué la cabeza poniendo el dedo índice apretado contra mis labios, dejando escapar un ligero siseo, esperando como respuesta una sonrisa callada; nada más lejos de mi afán. La señora, de unos sesenta y tantos, embutida en un vestido camisero sin mangas, baja, rechoncha, sobrada de carnes por todos lados —las mismas que a mí me faltaban—, miró hacia arriba con su cara de balón playero, ojos de canica y nariz garbanzuda:

—¡Vaya, qué joven eres! —exclamó—. Soy Dolores Beltrán, tu nueva vecina —vocalizó con sus gruesos labios, como si hablase a una sorda.

—Hable más bajo, o mejor, no hable —rogué en susurro.

—¿Qué dices?

—Nada—. Metí la cabeza dentro y cerré la cristalera.

—¡Menuda estúpida! ¿Qué se habrá creído? —argumentó tan alto y profundo que su voz pareció salir de un túnel.

Noté que mis piernas temblaban. Fui al salón, me senté y eché la cabeza hacia atrás. Sentí la sangre irse a los pies. El niño seguía dormido. En un acto irracional me tapé los oídos con las manos creyendo que si yo no oía, él tampoco.

Minutos más tarde, me pareció oír un arrastre metálico por las baldosas rojizas del patio que me hizo saltar fuertes latidos del pecho. Una oleada de fuego abrasó mi cara. Me levanté del sofá y sin miramientos, a zancadas, me planté en la ventana. Abrí la cristalera y al verla trastear una barbacoa en medio del patio junto a una mesita de madera con dos cajas de sardinas sobre ella, le dije del tirón:

—La voy a denunciar a la policía. Esto es un ojo de luz, no un patio cualquiera. La inquilina anterior abrió esa puerta bajo mi ventana sin mi permiso, ¿sabe usted?, y una vez hecha no quise pleitear. Pero de eso a que truene el patio de ruidos infernales y apeste la casa con sus sardinas va un mundo, así que si no quiere que le eche un cubo de agua sobre las brasas, haga las sardinas en su cocina, y a ser posible con la ventana cerrada.

Me quedé quieta con la cabeza fuera. Sentí que podía tocar con mis dedos la pared de enfrente. La rabia en mis ojos escupió a los suyos, que me miraban con incredulidad y sorpresa. Soltó las pinzas metálicas sobre las sardinas, abrió las piernas a la anchura de las caderas —para situar en línea el eje central de su cuerpo—, puso las manos a ambos lados del voluminoso vientre arrollando el delantal gris y, echando hacia arriba la barbilla grasienta, tomó aire de todo el contorno del angosto patinillo gritando como si lo hiciera desde debajo del suelo:

—¡En mi casa hago lo que me da la gana!

En ese instante mi niño empezó a llorar sobrepasando el grito de ella. La dejé con la palabra en el aire, fui al dormitorio, cogí al niño al que con la boca abierta de par en par no se le veían los ojos. Agarré las llaves, bajé al piso de la tal Dolores y toqué el timbre. Al principio no quería abrir; entonces grité aunque menos fuerte que ella por falta de costumbre:

—¡Abra! ¡Sea valiente!

Mientras, el niño, con tanto traqueteo, gritos y desconcierto, se había callado; parecía querer aprender de lo que escuchaba para luego martirizarme aún más.

—¿Valiente?, ¿qué es eso de valiente? —inquirió tras abrir la puerta sin turbación alguna en su oronda cara.

—Nada —contesté con cierta maldad en los ojos—. Usted se queda con el niño hasta que venga mi marido. —Le planté el niño contra su voluminoso pecho y pillada en sorpresa lo cogió—. Luego vengo a por él —sentenció cerca ya de las escaleras mientras pensaba que la felicidad está en un lugar solitario y, sobre todo, silencioso.

RAQUEL Y LA ORZA

La madre Catalina nos ha pedido a mis compañeras y a mí que hagamos una redacción biográfica, de esas en donde se cuenta la historia real de una misma. Yo no es que tenga muchas experiencias de la vida, como oigo decir a la gente mayor, así que hablaré de algunas cosas que me preocupan, porque lo dramático es más interesante, dice mi madre.

Mi patio comunitario es cuadrado por todas partes; a la derecha hay una orza tan gorda y alta que me llega a la frente, tiene una tapadera con varias tablas grises desportilladas, salientes sus astillas, clavadas una al lado de la otra por clavos largos sin acabar de hundirse del todo, quedando fuera la mitad, con peligro de coger el tétanos si alguien se araña con ellos, dice mi madre cada vez que me ve empujándola con todas mis ganas, empinándome para ver el agua estancada de dentro, donde flota una capa verde con bichillos saltando encima, ¡y una peste...! Yo le digo: «¿Para qué guardamos esa agua tan asquerosa, mamá?»; «Para echarla al váter si nos cortan la del ayuntamiento», me contesta sin dejar de mover el molinillo de la cebada que huele amargo, no como el café de los domingos que tanto le gusta a mi padre.

Y es que tengo la manía de destaparla por si le salen bichos más grandes que tengan fuerzas para empujarla desde dentro y salir de noche al patio, correr por el pasillo, subir las escaleras, meterse por debajo de mi piso, entrar en mi habitación y agarrarse a mi garganta chupándome la sangre con mala leche, por mirona.

Por eso algunas noches no puedo dormir, y cuando me levanto por la mañana de mal humor miro el cielo esperando ver nubes negras, apretadas, con ganas de reventar en truenos y rayos, anegando el patio de ladrillos rojos bastos; sin poder tragar tanta agua el desagüe chiquitillo, saliendo la lluvia como un río de banda en banda por el pasillo hacia el portal y la calle.

Pero en vez del cielo oscuro, lo que veo son las bragas grandes de mi vecina Lola, su sostén tieso, las medias negras, flojas por arriba, que, cuando las ligas le aprietan los gruesos muslos, las empuja con las manos hasta los tobillos, dejando al aire unas piernas muy blancas con algunas venas grandes y saltonas.

Lola es la madre de mi vecino Paquito, que juega conmigo a indios y vaqueros. Su abuela me ha hecho un gorro con una cinta alrededor de mi frente con plumas de pollo pegadas, muy tiesas, y una lanza con la aguja de hacer punto forrada de tela gorda para no herir a su nieto si gano yo la batalla. ¡Como si eso fuera posible! ¡Él es el sheriff

Paco! Lleva cartuchera con dos pistolas y mixtos que explotan echando un humillo que me huele a cohetes en la Noche de San Juan.

Siempre me coge a traición, aunque es muy flaco, tanto como yo, es más rápido, como esos perros a los que algunos gamberros les amarran al rabo tres o cuatro latas y corren como locos intentando arrancárselas sin poder. Paquito me trinca del cogote pegando mi frente contra la pared del patio, queriendo cortarme la cabellera con una navaja de mentira, ¡menos mal que es de mentira!, porque la aprieta tan fuerte contra mi cabeza, tirando del pelo hacia a lo alto, que casi me saca el cuello de su sitio mientras yo chilló y su madre le grita desde arriba: «¡Déjala, déjala!», haciéndome saltar lágrimas de sensibilidad al defenderme a mí, en vez de aplaudir a su hijo por haber ganado la batalla.

Como mi madre siempre anda tan ocupada con las cosas diarias y vulgares: haciendo de comer en la cocinilla pegada al patio, mirándome por la pequeñísima ventana, con esa obsesión de regañarme por todo («¿Qué haces pegada a la orza?, ¡ni te acerques! ¿No traes deberes?, ¿otra vez estás aburrida? Pues mete la cabeza debajo del grifo y verás cómo se te quita»); barriendo la tienda con una escoba de esparto, dobladas sus puntas hacia arriba, tanto que cuando lo hago yo sin ganas, se queda la basura atrás, ¡y me da una rabia! También golpea los colchones de borra con toda su furia, como si tuviera mucho coraje por algo. Pero sobre todo, lo que más le gusta es estar en la tienda despachando, dice que las clientas son quienes nos dan de comer.

De todos modos, yo sigo pensando en quién podría vaciar ese pedazo de orza. A mi vecino el pescadero, que es bastante antipático y le da puñetazos en la espalda a su mujer para que nadie le vea los moratones, pero yo no digo nada porque como soy muy embustera nadie me creería, no se le puede pedir ningún favor porque a todo dice que no con la cabeza sin mirarte a la cara. El padre de Paquito es otra cosa, flaquísimo y blanco como la harina, su mujer, Lola, dice que es de dormir de día como un oso y no darle el sol, porque se pasa toda la noche haciendo pan. Con mi padre no se puede contar para nada, anda todo el día del Mayorista a la tienda, colgado a su espalda ancha un saco igual al del hombre de las botellas, que las cambia por globos.

Yo le doy vueltas a la cabeza mil veces y creo que las mujeres de mi casa, mi amigo Paquito y yo estamos como huérfanos de hombres. Así que creo que la única manera de vaciar la orza es que nos pongamos mi madre, las dos vecinas, Paquito y yo unas botas altas de agua y la volquemos entre todos, aunque se rompa. Total, ¡si es un asco! Que se desparrame toda la porquería por el patio, aunque tarde muchísimo en irse

por el desagüe y tengamos que aguantar la peste, frente al retrete viejo, al otro extremo del patio, lo que mi madre llama «nuestras necesidades» cada vez que se corte el agua del ayuntamiento, hasta que vuelva.

Yo creo que la madre Catalina me pondrá un nueve en la redacción porque es biográfica y dramática a la vez, y porque el diez siempre lo guarda para ella por saber más que ninguna de nosotras, dice, poniéndose derecho el velo de monja.